

OCTUBRE DE 1962: LA MAYOR CRISIS DE LA ERA NUCLEAR (XV)

Atacar o no atacar, he ahí la cuestión

RUBÉN G. JIMÉNEZ GÓMEZ (*)

DURANTE AQUEL primer día de discusión y análisis del Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos, ya el Presidente estaba preocupado por los cohetes Júpiter emplazados en Turquía, los que más tarde se convertirían en un obstáculo para la solución de la Crisis. Kennedy estaba preocupado tanto porque los soviéticos pudieran atacar los Júpiter si los aviones norteamericanos atacaban las armas soviéticas en Cuba, como porque los cohetes que los oficiales turcos estaban acabando de asimilar para operarlos pudieran ser disparados contra blancos soviéticos sin su autorización. Las cabezas de combate nucleares de los Júpiter estaban separadas de los cohetes y controladas por personal estadounidense, pero cualquier cohete que se disparara desde Turquía, con cabeza nuclear o convencional, aumentaría la tensión enormemente mientras se aclaraban las cosas.

En aquel tiempo aún no había salvaguardas electrónicas que impidieran físicamente el lanzamiento no autorizado de los cohetes, solo comenzaban a instalarse los primeros ejemplares de esos medios en los nuevos cohetes intercontinentales Minuteman de los norteamericanos; en lugar de ello, en cada nivel de mando dos militares debían recibir instrucciones por separado y confirmarlas entre sí, antes de ejecutar la orden de fuego recibida. Inquieto porque la guerra no se fuera a iniciar por un disparo no autorizado desde Turquía, el presidente Kennedy indicó a la Junta de Jefes de Estados Mayores que se reforzaran las salvaguardas existentes, y se ordenó al jefe estadounidense en Turquía que hiciera “inoperables” los Júpiter, es decir, que los destruyera inmediatamente, si se intentaba dispararlos sin una autorización presidencial expresa.⁽¹⁾

MUCHACHOS: ¡LLEGÓ LA HORA!

Esa tarde, mientras el Comité Ejecutivo sesionaba, también se reunió la Junta de Jefes de Estados Mayores, ocasión en que se hicieron proposiciones y se tomaron decisiones importantes, entre otras estaban las siguientes:

-considerar desacertado un golpe aéreo contra los cohetes nucleares solamente; se debía asestar el golpe aéreo de gran envergadura, atacando los cohetes de alcance medio, las bases aéreas, los cohetes antiaéreos, los depósitos nucleares si se descubrían, almacenes militares, tanques, medios navales de combate y demás objetivos significativos que pudieran afectar a los Estados Unidos o a sus fuerzas;

-a partir del golpe aéreo se debía implantar un bloqueo naval total y comenzar la ejecución de los planes de invasión elaborados: el OPLAN-314 o el 316 según se decidiera;

-antes de asestar el golpe, o de forma simultánea con este, era necesario dispersar los bombarderos estratégicos;

-después del discurso del Presidente sobre la situación, si se hacía previamente, habría que pasar a DEFCON 2 a las fuerzas estadounidenses a nivel mundial. **(NA: Es necesario señalar que, según los conceptos norteamericanos, DEFCON (condiciones de defensa) tenía cinco niveles de alerta; en tiempo de paz las tropas se encontraban habitualmente en DEFCON 5, y podían ir pasando a otros niveles de preparación para el combate, hasta DEFCON 2, en el que estaban listas para combatir, pues DEFCON 1 era ya la guerra);**

-tomar medidas para la defensa de la Base Naval de Guantánamo;

-aumentar la defensa antiaérea en el sudeste de los Estados Unidos e incrementar las patrullas aéreas con interceptores durante las 24 horas, reforzándolas en el horario diurno;

-sería necesaria la movilización de 150 mil reservas;



Kennedy, con el general Taylor y McNamara.

-debía considerarse la declaración del estado de emergencia nacional;

-el peligro de los cohetes de alcance medio emplazados en Cuba era lo suficientemente grande para justificar el ataque, incluso después que los cohetes alcanzaran el estado operacional.

Los integrantes de la Junta de Jefes de Estados Mayores estaban deseosos de quedar bien ante el Presidente después del fiasco de Bahía de Cochinos y su desafortunada intervención. Se mantuvieron firmes y unidos al recomendar el uso de una fuerza militar aplastante contra las posiciones soviéticas y cubanas en la Isla. Defendieron en todo momento y con obstinación, digna de mejor causa, el uso de la fuerza, y se prepararon diligentemente para el golpe aéreo y la posible invasión, lo que era también la preferencia inicial del Presidente. Además, mostraron a las claras su convicción: había llegado el momento y la oportunidad de deshacerse de Castro, solamente había que aprovechar la ocasión y estaban dispuestos a hacerlo. Mas, al parecer, eran demasiado rígidos en sus concepciones cavernarias, por lo que no fueron capaces de apreciar los cambios que se efectuaban a su alrededor. Era como si el violín que ellos tocaban solo fuera capaz de emitir una nota, mientras los que tocaban los demás desgranaban una gama de sonidos más o menos armoniosos. Mientras, el Presidente y sus asesores principales estaban dispuestos incluso a aceptar la desgracia de convivir con Castro en determinadas condiciones, pero no con los cohetes soviéticos, siguiendo el principio de hacer cada cosa a su debido tiempo, los militares sostuvieron obstinadamente su opinión de que Castro también representaba un gran peligro para la seguridad de los Estados Unidos y había que aprovechar la ocasión para eliminarlo a cualquier precio. Era evidente que les faltaba flexibilidad. Esa fue la fuente de las discrepancias que existieron entre los criterios de los dirigentes militares y civiles estadounidenses en octubre de 1962.

No obstante, en la tarde de aquel martes el Secretario de Defensa pidió las opiniones de la Junta de Jefes de Estados Mayores sobre las probables reacciones soviéticas a un ataque de Estados Unidos contra Cuba, las que debían ser presentadas al día siguiente (17 de octubre).

De todos modos, el secretario del Tesoro, Douglas Dillon, el secretario asistente de Defensa para la Seguridad Internacional, Paul Nitze y los integrantes de la Junta de Jefes de Estados Mayores dudaban que la Crisis desembocara en una guerra nuclear y confiaban en que finalmente los soviéticos cederían. También

consideraban que el equilibrio nuclear estratégico era un factor significativo y en ocasiones determinante en la adopción de decisiones durante la guerra fría. Pensaban que el esfuerzo de Jruschov por instalar los cohetes en Cuba constituía un ejemplo evidente de ello. En su criterio, con los cohetes allí la Unión Soviética duplicaría prácticamente el número de cabezas nucleares que podría lanzar contra blancos estadounidenses, aunque fueran de menor potencia que las de los cohetes intercontinentales, lo que haría mucho más vulnerable al núcleo del poderío estratégico de los Estados Unidos, a saber, las bases de los bombarderos del Comando Aéreo Estratégico.

Un tema de actualidad e importancia en aquel momento era el de la relación que podía haber entre las acciones soviéticas en el Caribe y sus objetivos en Europa. Los estadounidenses consideraban las crisis de Berlín y Cuba como dos caras de la misma moneda; esperaban una fuerte reacción soviética en Berlín ante cualquier acción militar en Cuba. Por su parte, los funcionarios soviéticos de la época han manifestado que para ellos Cuba y Berlín eran dos temas independientes, sin ningún vínculo estrecho entre ellos.

Ahora bien, es necesario reconocer que el carácter secreto de la Operación “Anadir” contribuyó a intensificar la Crisis. Los estadounidenses podían estar comprensiblemente atemorizados por la aparición repentina y encubierta de cohetes estacionados tan cerca de los Estados Unidos. La alarma pudo agravarse por el hecho de que los diplomáticos soviéticos negaron la verdad hasta el último minuto. Resulta que los embajadores soviéticos en Washington y en la ONU no conocían sobre el tema, pues Jruschov lo ocultó deliberadamente. Su activa campaña de desinformación pudo hacer que Kennedy y sus asesores sospecharan que la Unión Soviética estaba preparando un ataque sorpresivo con cohetes contra los Estados Unidos.

Al respecto, Nikita Jruschov planteó en sus memorias: *“Los dirigentes políticos de los Estados Unidos podían suponer que teníamos planes muy agresivos contra su país(...) No tomaban en cuenta lo que habían hecho hacía tiempo con la Unión Soviética, al rodearnos con sus bases militares(...) Los imperialistas estadounidenses veían eso como una cosa natural, como que era su derecho de defensa contra la Unión Soviética(...) Sin embargo, ahora se trataba de Cuba, que estaba debajo de sus narices, y le negaban el derecho a defenderse. He ahí su moral. Los imperialistas toman en cuenta y aplican la moral solo si está sustentada por la fuerza. Si tal fuerza no existe, la moral no se toma en cuenta(...) Ellos practicaban y continúan practicando esa política, pero nunca habían experimentado algo similar en carne propia en toda su historia, por eso en aquel momento estaban muy alterados y asustados.*

“Si estallaba la guerra, esta vez sería diferente para los estadounidenses, pues en la primera y segunda guerras mundiales la inmensa mayoría de ellos no habían oído ni siquiera el disparo de un fusil, no conocían las explosiones de las bombas y de los proyectiles de artillería, ignoraban las penalidades y sufrimientos de las evacuaciones, del hambre terrible o la ocupación; habían luchado en territorios ajenos. Sin embargo, ahora también se convertirían en blancos de los proyectiles. ¡Y qué clase de proyectiles!, ¡nada menos que nucleares!”. ⁽²⁾

Desde el mismo martes 16 de octubre comenzó a organizarse el Comando Unificado del Atlántico, órgano principal de mando para la dirección de las acciones militares, al cual estarían subordinadas todas las fuerzas terrestres, navales y aéreas comprometidas. Al mando del mismo estuvo el almirante Robert L. Dennison. La Junta de Jefes de Estados Mayores encargó la responsabilidad del bloqueo, si en definitiva se realizaba, a uno de sus miembros, el almirante George W. Anderson, jefe de Operaciones Navales de la Marina de Guerra de los Estados Unidos. Las decisiones serían tomadas por el Presidente, en su calidad de